

Las vicisitudes y las pruebas sólo logran aumentar su resistencia.

La primera de esas pruebas fué la pobreza. En la escuela, rebelóse ya contra una sociedad que le parecía egoísta, cruel y sin grandeza, sacrílegamente menospreciadora de un ilustre pasado. Instruído por una madre valiente, maestra de escuela concienzuda y amada, aprendió de ella, al propio tiempo que la ternura y la piedad, la historia de su nación. A los doce años, solía encerrarse en un cuarto a pronunciar, ante un pueblo imaginario, discursos inflamados. Evocaba las sombras de los Gracos; invocaba a Espartaco, soñaba con un nuevo destino para su patria. Se le vió preferir la soledad a los juegos de su edad, y extraviar sus pasos, puestos los ojos sobre un libro, hacia las cunas desiertas desde donde la Romaña trágica se descubrió a sus miradas. Desde allí, tendida al horizonte la mirada ansiosa, buscaba a lo lejos a Rávena, a Rímíni, a tantas otras ciudades famosas. Su poderío medioeval renacía, ante sus ojos, entre las colinas y el mar.

En el Colegio, Benito preparó su entrada a la escuela primaria. De esta escuela salió a los diez y ocho años, apto para instruir a los hijos del pueblo.

Ya por entonces era un sér todo vida interior, vida explosiva, concentrado y solitario.

Al desarrollarse por la reflexión, el sufrimiento y el estudio fuera de las más normales, Benito Mussolini traspasará la común medida: asombrará, chocará fuertemente, con los personajes oficiales. Convertido en hombre de Estado, le incomodará al principio su vecindad. Pero posee tantos recursos, que se adapta con rapidez y evoluciona. De todos modos, es lo que la vida ha hecho de él *l' Uomo Nuovo*, el hombre nuevo, como dice Italia.

Predestinado a la vida agitada y a las vicisitudes, ahogábanlo la disciplina y las reglas de la enseñanza primaria. Se evadió. Se desterró. Quería correr el mundo. Su madre se angustia; él la tranquiliza y parte para Lausana. No bien llegado a Suiza, con su juventud y dos liras por toda riqueza, encarcelan a su padre, acusado de haber excitado al pueblo a que asaltara las urnas en tiempo de elecciones. Crimen espantoso, como nunca hubo otro igual sobre la tierra. No creer en el sufragio universal, en su sinceridad, en su eficacia, qué abominación!

Este drama fortaleció todavía más a Benito en sus designios iconoclastas. Mientras llegaba su hora, ganóse la vida como pudo: obrero aquí, profesor más allá. De paso aprendía el alemán y se perfeccionaba en el francés, hasta lograr enseñarlo como profesor. Con todo esto, realista siempre y místico a la vez, como los grandes santos, arrebatado en la acción e intrépido como ellos.

Un día, en un teatro de Ginebra, ha ido a ver a Jaurés, por entonces en el apogeo de su verbo y de su reputación. El célebre

peare. Creo que con Enrique Heine, los escritores de la Revolución, los románticos franceses, los poetas y los historiadores del *Risorgimento*, comparte el poeta inglés sus preferencias. Olvidaba a Dante y a Carducci, que también poseen la intimidad de su pensamiento, lo mismo que los antiguos clásicos latinos, en los cuales se ha iniciado solícitamente, ayudado por una memoria pronta y fiel.

Soldado, tuvo ocios para meditar. Es la mejor manera de instruirse. En todo tiempo, Benito Mussolini «ha hecho oración» a su manera y ahora más que nunca. Salió del ejército inclinado todavía más a la soledad. Este hijo de montañeros de la Romaña, al alejarse del ruido de las armas, amó el silencio como Alfredo de Vigny. En este momento es cuando surge precisa en su conciencia la idea de dedicar su vida entera a las tradiciones esenciales.

Esta vez, el camino de la obra suprema, la salud de Italia, se abre ante él. Su apostolado se ensancha por la prensa. Ha fundado ya la *Lotta di Classe*. Ya no cesará de combatir por el triunfo de sus ideas. Emancipadoras de las masas oprimidas, enamoradas del progreso moral, apasionadas de noble equidad, son ellas a manera de llama violenta y generosa que se levanta muy por encima de las antorchas incendiarias de los mangoneadores de la revolución. Perseguido, encarcelado, se siente más fuerte después de cada herida recibida en la batalla. Así se ejercita para la prueba suprema que la suerte le reserva: la de la guerra.

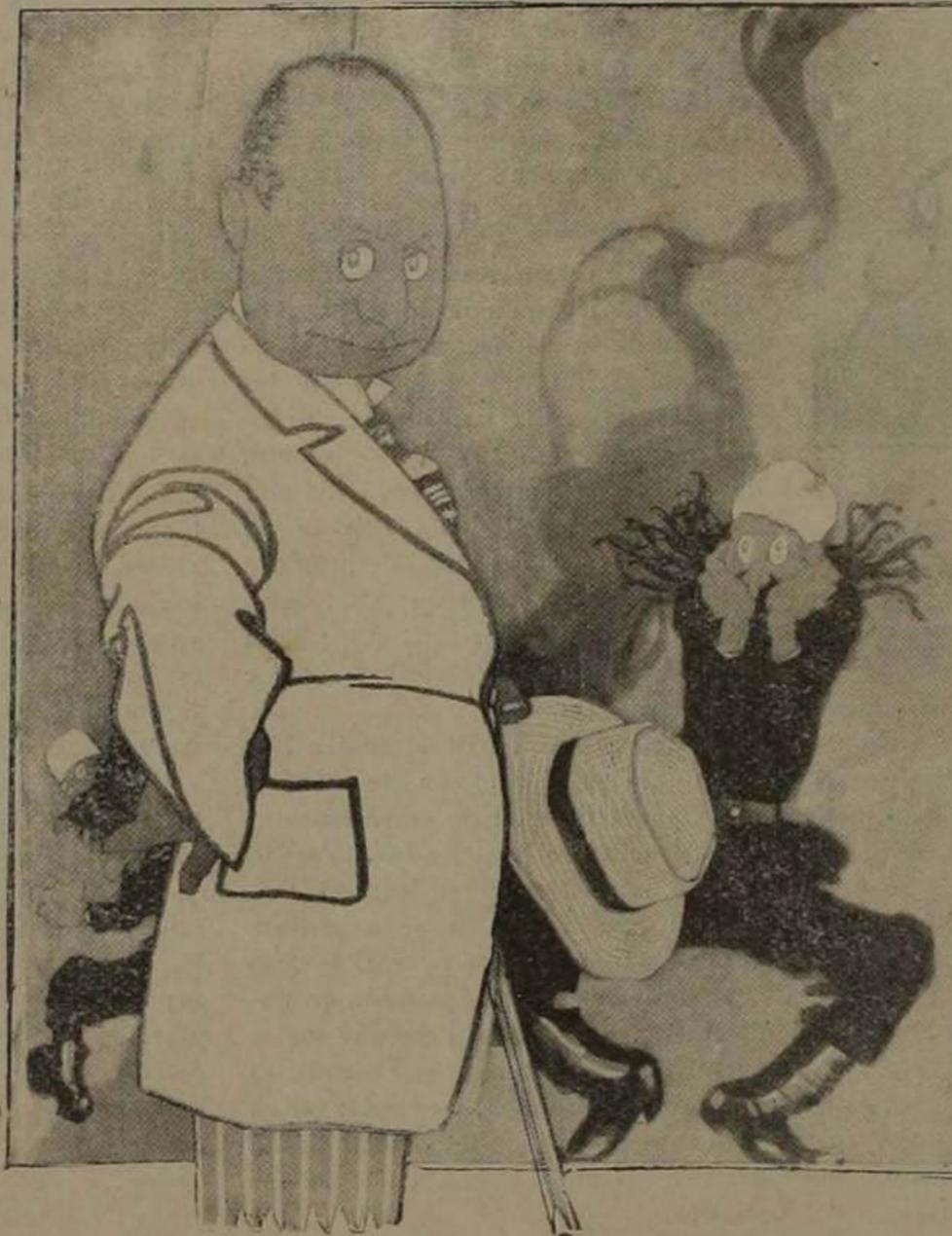
Esta estalla. Se ha mostrado opositor a los excesos del socialismo italiano, lo ha

limpiado de sus bajos instintos, le ha dado una alma, ha sostenido que debía mostrarse franco a la luz del día; ha excluído de él a la masonería. Ahora lo quiere en la primera línea de combate; libertador del pueblo, el socialismo debe comenzar por libertar su tierra invadida. Su prestigio sobre las masas se halla todo en una ascensión constante hacia las cimas morales.

Cuando abandona el *Avanti* para fundar *Il Popolo d' Italia*, es ya un jefe de ideal a quien su país ha distinguido. Es el apóstol de un nuevo *Risorgimento* que exige la unidad de la patria, la honradez en los negocios, la economía en las finanzas, la actividad fecunda en el poder.

La guerra lo ha arrojado contra los neu-

(Pasa a la página 126).



BENITO MUSSOLINI

(Caricatura de GARCÍA CABRAL).

orador había escogido este tema: *Jesucristo*, simplemente. Habla, habla, habla. Exito monstruo. Pero un joven de tez mate y faz enérgica se levanta:

—Pido la palabra.

Tumulto. Protestas. ¡Que lo saquen!

—Pido la palabra. Digo que tengo derecho de hablar y hablaré. Hablaré!

Y Benito Mussolini habló.

Hallábase en Marsella cuando tuvo que regresar a Italia, solicitado por el servicio militar. A la verdad, tuvo que regresar más pronto de lo que hubiera querido. Había intervenido en una huelga y las autoridades locales lo expulsaron por la violencia de sus opiniones sociales. Y hélo trocado en *bersagliere* en Verona donde la lectura de *Romeo y Julieta* lo entusiasmó, por Shakes-